

FRANZEN, AUGUST, *Breve storia della Chiesa* (Queriniana, Brescia 2007), 541p., ISBN: 978-88-399-2862-7.

Esta nueva edición, la novena en italiano que se corresponde con la vigésimo cuarta alemana, constituye un muy apreciado material de trabajo para los historiadores de la Iglesia y para todos aquellos que se acercan por primera vez a la dinámica eclesial. Franzen es un clásico de la historia de la Iglesia. Sobran las presentaciones. Esta nueva edición añade a las anteriores dos densos capítulos escritos por Roland Fröhlich y que llevan por título: *Storia de la chiesa contemporanea (dal 1965 a oggi)* y que llegan, evidentemente, hasta el actual pontificado. Enriquece este manual un apretado apéndice en el que se nos ofrecen de cara a la docencia: la lista de los papas y de los concilios generales ecuménicos; una breve cronología (p.497-508) y un muy cuidado índice de nombres, de materias y de documentos eclesiales (p.511-532).—ALFREDO VERDOY, S.J.

DE LA LAMA, ENRIQUE, *Historiologica. Estudios y ensayos. Ab Universitatis Studiorum Navarrensis Theologica Facultate pro LXXº auctoris genesiaco edita* (EUNSA, Pamplona 2007), 643p., ISBN: 84-313-2420-1.

El editor de este volumen, César Izquierdo, agrupa bajo el «deliberadamente descomprometido» título *Historiologica*, dieciocho estudios, salidos todos ellos de la pluma y del corazón del profesor Enrique de la Lama. La historia de una vida de un sacerdote, profesor e investigador. Cinco secciones componen este libro: la primera, *teología histórica*, con un inédito: *La Madre de Jesús en los kerigmas de Pablo y Juan* (77-234); la segunda, *tránsito a la modernidad reciente*, reúne dos artículos, uno sobre la Ilustración en España y el otro, más original y sugestivo, sobre el Abate Gregoire y las colonias francesas del Caribe; la tercera, *formación espiritual*, estudia la naturaleza del sacerdocio ministerial, la dirección espiritual y la formación de la afectividad; la cuarta, *Llorente frente a sí mismo*, nos ofrece dos sugestivos acercamientos a la figura de este singular Inquisidor General, y la quinta, *literatura*, contiene tres estudios sobre historia cultural. Digno de destacar es el último: *Verdades eternas y verdades del hombre. A propósito del retiro espiritual del joven artista Joyce* (601-634).—ALFREDO VERDOY, S.J.

PEREIRO, JAMES, *El Cardenal Manning. Una biografía intelectual* (Ediciones Cristiandad, Madrid 2007), 405p., ISBN: 978-84-7057-501-3.

Para el autor, Mannig (1808-1892) fue un hombre de principios. Para el lector actual Mannig, además de ser un hombre de principios, fue un gran apologeta; uno de los mayores del siglo XIX. Basta leer su versión española *Por qué me convertí al Catolicismo* (Barcelona 1942), texto que Pereiro no recoge entre las obras publicadas por

el Cardenal de Westminster, para darnos cuenta de su talante doctrinal y hasta doctrinario. En *Por qué me convertí al catolicismo*, que en nuestro tiempo tendría más de biográfico y personal que de apologético, no se hace la más mínima concesión a su trayectoria personal, a sus angustias y a su esfuerzo auxiliado por la gracia de Dios para vivir su entera existencia en la Iglesia verdadera.

«Siendo todavía anglicano Manning —leemos en la obra de Pereiro— se dio cuenta de que había encontrado la auténtica Regla de Fe —la Escritura y la Antigüedad—, pero no el juez que pudiera aplicarla para encontrar la verdadera fe. Y había concluido que se necesitaba un juez infalible como fundamento de la fe sobrenatural, ya que ésta exige certeza en los contenidos y certeza en el creyente. Manning consideraba el primado, o supremo poder de jurisdicción, como una realidad que contiene en sí la suprema autoridad doctrinal o suprema jurisdicción en materia de doctrina» (348).

El autor trata de reconstruir, y a nuestro modo de entender lo consigue con creces, la evolución doctrinal del joven vicario de Lavington (1832), más tarde archidiacono y arcipreste de la Iglesia de Chichester (1841), que le llevó de la Iglesia anglicana a la Iglesia católica y romana. Manning, aunque no formó parte del selecto grupo de los tractatistas de Oxford, puede considerarse miembro en sentido amplio de esta peculiar escuela. Amigo de Keble, Pusey, Froude, Wilforce y Newman y relacionado con los más prestigiosos panfletos y revistas teológicas del momento, Manning debió sentirse en sus tiempos de vicario tremendamente angustiado en cuanto a la certeza su fe. La teoría de las tres ramas y de un único árbol, defendida con entusiasmo por Pusey, dejó de satisfacerle conforme, pese a las críticas de su amigo Gladstone, se zambullía en la lectura de los santos padres y en las reflexiones que la interpretación de los textos del Movimiento de Oxford suscitaban en su mente y corazón. Si se leen los cuatro tomos de sus *Sermones Anglicanos*, especialmente el último, y los comparamos entre sí, advertiremos cómo por razones pastorales y sobre todo personales su pensamiento y su sensibilidad religiosa fueron cambiando. De lo que nunca dudó fue del auxilio del Espíritu Santo a la Iglesia. Una Iglesia anclada y llevada por la fuerza del Espíritu no podía admitir con facilidad que de su único y vigoroso tronco, surgiesen en forma polémica y hasta violenta, ramas tan distintas como la ortodoxa, la anglicano-protestante y la romana. Persuadido de que el Espíritu no había dejado huérfana su Iglesia, conforme, repetimos, se zambullía y era zarandeado por los textos de los santos padres, más y más comprendía la vitalidad y la verdad de la Iglesia romana.

La conversión de Newman, portaestandarte del Movimiento de Oxford, al catolicismo en 1845, su enfermedad de tuberculosis durante ese mismo tiempo, su admiración por el culto y la seguridad que le proporcionaba la causa católica, le fueron acercando a la Iglesia de Roma. En su largo periplo europeo en el bienio 1847-1848 se acercó a Roma; le sorprendió la buena acogida que le dispensó el papa Pío IX y todavía más la seguridad y paz, nacidas de la verdad católica, que le causaron el conocimiento de la Iglesia romana.

Manning estuvo en total desacuerdo con la proliferación de sectas y de grupos nacientes de la rama anglicana de su tiempo. Ninguna Iglesia por muy bien enraizada que estuviese podía admitir que dentro de su mismo seno surgiesen grupos y subgrupos que hablaban de insatisfacción, división, enfrentamiento y hostigamiento. La unidad de la Iglesia saltaba hecha añicos. Nada era seguro y nada, por tanto, podía exigirse a los fieles cristianos. Lo mejor era dejarlos que se gobernasen a sí mismos. Mucho más

le dolió la manera como en 1850 el gobierno inglés resolvió el caso Gorham. Manning no podía concebir que el Comité del Consejo Privado de la Corona en vez de censurarlo por sus opiniones heréticas con respecto a la regeneración bautismal, no le sancionase y encima le promoviesen al ministerio ordenado. Estas decisiones hacían que el anglicanismo, siempre contenido y mucho más prudente en sus aspiraciones que el protestantismo alemán, encarnase lo peor de las iglesias protestantes y del protestantismo.

El 6 de abril de 1851 Mannig fue recibido en la Iglesia católica por el jesuita Brownbill. Enviado a Roma por su protector Wiseman, a la sazón cardenal de Westminster, y acompañado por los jesuitas del Colegio Romano y por el famoso padre Ravignan, repasó la teología romana y católica y se preparó para su ordenación como sacerdote católico.

No se cumplieron sus deseos y aspiraciones. Hubiese querido llevar una vida ordenada, compartida con un grupo de sacerdotes y hombres cultos, dedicada al estudio, a la oración y a esporádicas predicaciones. Wiseman y otros pastores católicos como el obispo Ullathorne, amigos suyos y convertidos como él, pensaban que su fuego interior y su carácter práctico debían ser orientados a la acción y a la organización de la Iglesia católica en Inglaterra. Entretanto, asegurada la certeza de su fe, sentía que ésta necesitaba, en un mundo en el que el acto de creer se estaba poniendo en cuestión tanto en el seno del protestantismo como en las universidades y centros de enseñanza católicos, no sólo de la seguridad que la fuerza del Espíritu Santo concedía a la Iglesia, convirtiéndola en un verdadero y único cuerpo místico, sino de la certeza que en todo lo referente a la verdadera doctrina y a las sanas costumbres, lo necesario para alcanzar la más segura salvación, ocupaba dentro de la Iglesia, su cabeza, el Papa.

En 1865 fue consagrado obispo y nombrado arzobispo de Westminster. Sus sermones, cartas pastorales, intervenciones públicas, correspondencia y deseos más hondos se orientaron en la propagación y defensa de la infalibilidad no sólo de la Iglesia católica, garante de la más cierta salvación de los fieles católicos, sino del Papa como cabeza de la misma, por encima de los concilios, de los obispos y de otras instancias doctrinales y disciplinarias. A nadie le puede extrañar que con estos presupuestos fuera junto con los obispos Conrad Martin, obispo de Paderborn; Senestréy, obispo de Ratisbona; Victor Dechamps, arzobispo de Manila, y auxiliados por los teólogos jesuitas Perrone, Clement Scharader y Franzelin, enfrentados a las teorías de llamado partido menor, liderado por los franceses Maret y sobre todo por Dupanloup, los que lograron sacar adelante el dogma de la infalibilidad del papa cuando éste habla ex cátedra.

Pereiro, en un esfuerzo que nunca le pagaremos, ha sabido reconstruir y contextualizar con cientos y cientos de citas, con referencias a su correspondencia, con noticias periodísticas, el clima espiritual y sobretodo intelectual en el que se asienta una verdad de fe, que para muchos cristianos entonces y ahora fundamenta la unidad de la Iglesia católica y alienta la vida cristiana en todos los órdenes.

La importancia de este libro y su pronta traducción al castellano creo que contribuirá de manera especial no sólo al conocimiento de una parte de la Iglesia, en buena medida desconocida entre nosotros, como la inglesa, sino en la profundización del mundo devocional católico y español de la segunda mitad del siglo XIX.

Nos hubiera gustado, aunque quizás pidamos demasiado a esta obra, que el autor hubiese presentado, porque también pertenece a su biografía intelectual, los esfuerzos de Mannig en el campo de la enseñanza, presente aunque no del todo suficiente, y en sus relaciones con los alcohólicos, el mundo obrero inglés e irlandés que tanto sintieron su muerte y que devotamente le acompañaron hasta el Kensal Green Cemetery de Londres en el invierno de 1892.—ALFREDO VERDOY, S.J.

*Sinica Franciscana. Volumen XI. Misioneros Franciscanos Españoles en China. Siglos XVIII-XIX (1722-1813). Relationes et Epistulas collegit et ad fidem manuscriptorum redegit et adnotavit P. Antolín Abad Pérez, OFM. Editionem autem praesentem curaverunt et emendaverunt PP. Marianus Acebal, OFM, Petrus Gil Muñoz, OFM, nunc demum ad prelum curavit P. Raphael Sanz, OFM (Editiones Collegi S. Bonaventurae, Grottaferrata, Romae, 2006), XLVIII+1.590p., ISBN: 88-7013-273-0.*

En 1929 comenzó la publicación de *Sinica Franciscana*, cuyos primeros volúmenes fueron editados por el P. Fortunato Margiotti. Desde entonces se han ido publicando en esta colección las cartas y relaciones de los misioneros franciscanos españoles de la Provincia de San Gregorio de Filipinas, que se encargaron de la misión de China desde 1694. El P. Antolín Abad, que había preparado con el P. Gaspar Han los volúmenes IX y X, publica ahora la edición del volumen XI, en dos tomos, que contienen los documentos de la etapa final de aquella misión, hasta su extinción a principios del siglo XIX. Obras como éstas tienen un mérito excepcional, pues la publicación de fuentes tan singulares nos facilita el conocimiento directo de la historia de las misiones en China y de las relaciones de los europeos, en general, con aquel gran Imperio.

La obra comienza con un prólogo sustancioso del P. Abad, que nos recuerda tres hechos que crearon dificultades a la evangelización de China desde el segundo cuarto del siglo XVIII: la controversia de los ritos chinos, que culminó con la prohibición definitiva por Benedicto XIV en la constitución *Ex quo singulari* de 1742; las expulsiones de la Compañía de Jesús, seguidas de la supresión de la misma en 1773, que desorganizó al grupo de jesuitas que desde la corte de Pekín procuraban favorecer al cristianismo o paliar las persecuciones; y la revolución francesa que, al igual que las revoluciones liberales que la siguieron, cortó la afluencia de misioneros europeos.

Las misiones chinas habían tenido un momento esperanzador en el primer cuarto del siglo XVIII, bajo el gran Emperador K'ang-hsi, pero la prohibición pontificia de los ritos poco antes de su muerte dio lugar a un cambio de actitud por parte de su sucesor. A partir de entonces comienza una larga etapa de persecuciones con sus altibajos y sus secuelas de expropiaciones y expulsiones. Las cartas y relatos de los misioneros recogen estas vicisitudes y reflejan perfectamente el descenso progresivo de misioneros y de cristianos. El mismo P. Abad explica en la introducción las dificulta-